

## SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

El Jueves pasado se cumplió el quincuagésimo aniversario de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, el primer fruto del Concilio Vaticano Segundo. Ese día los obispos del mundo votaron a favor de cambiar la manera que oramos, que tuvo un efecto profundo en nuestra vida como católicos.

Antes del Concilio, la misa se celebraba en Latín; ahora se pueden utilizar las lenguas vernáculas. El sacerdote presidía de espaldas a la gente; ahora por lo general se pone de frente. Solo Ministros ordenados podían ayudar en las ceremonias; ahora los laicos ayudan. Durante la misa el pueblo rezaba el rosario y otras devociones, hoy todos cantan, responden, y se unen en la oración común. Antes la misa iniciaba con oraciones al pie del altar; hoy comienza con un acto penitencial diferente. En la liturgia de la Palabra la gente oía el 1% del Antiguo Testamento y el 17% del Nuevo Testamento; hoy escuchamos el 14% del Antiguo Testamento y el 71% del Nuevo. El sacerdote daba un sermón sobre las doctrinas; hoy en día la homilía por lo general está basada en las escrituras. Antes del Concilio la misa no incluía la oración de los fieles, hoy sí. El ofertorio tenía oraciones que sonaban como si la consagración ya se hubiese llevado a cabo, hoy en día han sido modificadas completamente. Antes teníamos sólo una plegaria eucarística, ahora tenemos diez. La gente no intercambiaba ningún signo de paz, hoy sí se nos permite hacerlo. Los fieles recibían la comunión bajo una especie solamente, hoy se nos permite bajo las dos especies. La misa concluía con un último Evangelio y una oración a San Miguel, hoy la conclusión es más simple. El Concilio hizo todo esto con un solo objetivo: la participación plena, consciente y activa de los fieles.

La participación es lo que Juan el Bautista quiso también. “Arrepiéntete” dice, “porque el reino de los cielos está cerca.” Juan desafiaba a la gente no sólo para que esperaran a Jesús, sino para que cambiaran sus vidas para él.

El cambio siempre es difícil, incluso cuando promete resultados maravillosos. Los cambios que el Concilio Vaticano II trajo fueron difíciles para la gente. Sin embargo, nuestros padres aceptaron el cambio, y por eso tenemos la misa que compartimos hoy.

El mayor honor que les podamos dar a ellos y al Concilio es participar plenamente cada vez que venimos a misa, incluso un cambio en la forma en que oramos. Llegar a tiempo. Participar en los cantos. Responder cuando se nos pide. Después dejar los folletos a un lado y escuchar las Escrituras. No leer las Escrituras del folleto; escucharlas. Orar por aquellos que necesitan ayuda. Contribuir a la colecta. Ofrecer a Dios el sacrificio de tu vida. Dar gracias por lo que Dios te ha dado. Recibir el cuerpo y la sangre de Cristo. Ir al mundo como discípulos. Que tenga sentido nuestra participación.

Cristo viene no sólo al final de los tiempos, sino ahora mismo, durante la Eucaristía bajo las especies del pan y vino. Si cambiamos la manera en que participamos de la misa, podemos preparar el camino para su venida.